

reconoció las de las varias órdenes, y se gobernó principalmente por las que halló mas exactas y acertadas para mantener el buen orden, la devocion y la caridad tan necesaria en aquellas personas que aspiran á edificar á sus prógimos y guiarlos por el camino mas seguro á la salvacion. Para conseguir este fin, dice un pariente de San Francisco de Sales, que no omitió diligencia alguna de cuantas le inspiraba su ardiente celo. Pone á la vista el santo fundador el objeto de su instituto, que es procurar la santificacion de todas las personas del sexo femenino, que no eran admitidas en las demás órdenes, esto es, de las viudas, enfermas y ancianas, advirtiendo al mismo tiempo que sus enfermedades no sean contagiosas, que no las imposibiliten absolutamente de todo ejercicio regular, y que se puedan recibir con ellas bastantes personas jóvenes y robustas que las asistan, á fin de que unas tengan el método de la caridad, y otras el de la paciencia. Atendidas estas disposiciones, creyó que debia dispensar del oficio divino á las religiosas, y solo las obliga al oficio parvo ó de la Virgen. Así para poder aliviar á las enfermas, como para evitarlas distracciones que acompañan á la indigencia, y que suelen perjudicar no poco á la vida interior, quiere que sus hijas estén bien dotadas, pero al mismo tiempo no han de tener ninguna cosa propia, ni aun en cuanto al uso, cada una de ellas en particular; por lo cual manda que todos los años han de mudar de cuarto, de cama, de libros, de cruces y de rosarios. No pueden disponer absolutamente de

nada, y apenas tienen dominio sobre sus pensamientos, los cuales deben descubrir á su superiora con una ingenuidad, que por decirlo así, la hace dueña de la llave de sus corazones. Sencillez, desprendimiento, afabilidad, caridad, sujecion absoluta del corazon y del espiritu, son las cualidades que caracterizan esencialmente á las verdaderas hijas de San Francisco de Sales, que fue tal vez el hombre mas instruido en dirigir á las personas del otro sexo, elevándolas á una virtud tanto mas eminente, cuanto menos ásperos eran en la apariencia los caminos por donde las conducia.

Solicitó en Roma con tanto ardor la confirmacion de este establecimiento, cuya constitucion poco comun experimentaba grandes dificultades, y le protegió tan eficazmente, así el embajador de Francia, como la duquesa de Mantua, que en el año de 1618 erigió Paulo V la congregacion en orden religioso, el cual se aumentó despues con tal rapidéz, que tuvo la madre Chantal el consuelo de ver ochenta y siete casas fundadas en Francia y Saboya. Despues se propagó por España, Italia, Alemania y Polonia, y se cuentan en el dia mas de seis mil y seiscientas religiosas en cerca de ciento y cincuenta conventos que no han perdido un ápice de su primitivo fervor, ni de aquella feliz sencillez de que tienen poca idea los sábios del siglo.

28. Por el mismo tiempo se estableció el orden de las anunciadas celestes, llamadas así por razon del color de su hábito, y mas principalmente por su

vida angelical, desprendida de todo punto de las cosas de la tierra (1). Dignas émulas de las hijas de San Francisco de Sales, porque caminan con iguales pasos á la misma perfección, cada una por la senda que la está señalada; y así como la sencillez evangélica es el distintivo del orden de la Visitación, así también la soledad, muy semejante entre las anunciadas á la del sepulcro, es la verdadera salvaguardia de su regularidad y de su fervor. Muertas mas que civilmente, y enterradas en cierto modo para todas las personas del siglo, á escepcion de sus padres y hermanos, con quienes no hablan mas de seis veces al año, ni se dejan ver de ellos mas de tres, no tienen mas trato en la tierra que con sus hermanas en Jesucristo, sin poder estender esta piadosa afinidad, ni aun con pretesto de celo, por medio de la educación de pensionistas. Estatuto de una sabiduría esquisita, estatuto visiblemente señalado con el sello de aquella sabiduría increada, que siendo sencilla en sus designios, es variada hasta lo infinito en sus caminos, ha querido preparar medios exteriores de salvación acomodados á todas las disposiciones, y mostrar con los efectos que pueden suplirlas casi todos con respecto á las personas del otro sexo, la soledad, ó la fuga del locutorio. El baluarte de la soledad ha hecho por sí solo entre las anunciadas, cuyas austeridades extraordinarias son muy pocas, lo que produjeron en muchas órdenes antiguas los ayunos y las vigili-
as, el cilicio, la prolijidad y solemnidad de los divinos

(1) *Hist. del Ord. de la SS. Anun. por el P. Salvatierra.*

oficios; pero con la diferencia de que su efecto ha sido de mayor duración. El retiro y la regularidad, que es su compañera inseparable, son todavía tan exactas entre aquellas vírgenes invisibles, como lo eran en el primer fervor de su instituto.

Esta congregación fue instituida en los primeros años del siglo diez y siete por una santa viuda de Génova, llamada María Victoria Fornari, bajo la dirección del padre Bernardino Zanoni, de la compañía de Jesús (1). La aprobó el Papa Clemente VIII en 1601, la confirmó nueve años después Paulo V, y por último hizo lo mismo Urbano VIII. Fue recibida con anhelo en Italia, en Francia, en Alemania y aun en Dinamarca, á donde pasó el mariscal de Rantzaci, movido de la devoción, á establecerla por sí mismo. El profundo retiro y la modestia no menos severa de estas religiosas egemplares, son causa de que tengamos muy pocas noticias de las maravillas de la gracia que se ocultan en sus impenetrables asilos; pero exhalan éstos un olor de santidad que edifica á cuantos se acercan á ellos.

29. El espíritu de celo y de restauración hacia de día en día nuevos progresos entre las personas de uno y otro sexo, y parecia que habían llegado los tiempos, en que derramándose el Espíritu Santo sobre toda carne, según los divinos oráculos, debía hacer profetizar indistintamente á los hijos y á las hijas de Israel. Mientras que el orden de la Visitación descansaba todavía, por esplicarme en estos

(1) *Vid. de la Ven. Viud. Fornari, por el P. Spinola.*

términos, en la cuna de Annecy, hubo en París una muger comparable á madama Chantal, á Estonnac y á Acharia, que por el mismo tiempo introdujo en Francia la reforma de Santa Teresa, y fue uno de sus mas bellos ornamentos; una muger reverenciada en la ciudad y honrada en la corte, esto es, Magdalena Huilier, señora de Santa Benva, la cual habia fundado ya la casa de las ursulinas en el arrabal de Santiago, y trató de que se erigiese en órden religioso esta congregacion que era italiana en su origen. La beata Ángela, natural del estado de Venecia, fue la primera que en el año 1537 reunió en Brescia y puso bajo la proteccion de Santa Úrsula varias doncellas y matronas virtuosas, cuya caridad se egercitaba en instruir á las personas jóvenes de su sexo, en visitar á los enfermos, y en socorrer á los que estaban en los hospitales y en las prisiones. Paulo III aprobó su instituto, y Gregorio XIII estableció en él la clausura. Se habian multiplicado tanto, y eran ya tan egemplares en tiempo de San Carlos Borromeo, que recogió este piadoso prelado cuatrocientas de ellas en su diócesi, y las honró con una proteccion particular.

En 1587 fueron introducidas en Provenza, desde donde se esparcieron por otras muchas provincias de Francia, y al fin se establecieron en la capital. Pero habiendo enseñado la esperiencia que el medio mas seguro para perpetuar un instituto, y sobre todo para mantener en él la regla y la disciplina, era erigirle en órden religioso, interpuso su autoridad á favor de ellas con buen éxito Mr. de Gondi, obispo de París,

á instancias de madama de Santa Benva. Las permitió el Rey que se estableciesen en todo el reino, y á consecuencia de esto concedió Paulo V la bula de ereccion. El carácter de este instituto, bastante parecido al de la congregacion de nuestra Señora, y acomodado, como el de la Visitacion, con un prudente temperamento á las personas fuertes y á las débiles, contribuyó mucho á que se multiplicase.

El espíritu del apostolado descendió sobre el sexo frágil, y dió á las hijas de Santa Úrsula para atravesar el Océano y llevar á los salvages del Canadá todos los ausilios de una caridad sin límites y de un celo á toda prueba. No estaba todavía desmontada aquella tierra sedienta de la sangre de sus cultivadores, y lo mas que se habia hecho era arrancar sus primeras espinas, cuando madama de la Peltrie, movida de un santo ardor al oír la relacion de los trabajos que padecian en ella sus primeros apóstoles, marchó con tres ursulinas para ir á establecer en Quebec un plantel de evangelistas de su sexo. Esto mismo se ha renovado en nuestros dias, casi sin advertirlo nadie. ¡Tan indiferentes son los admiradores del siglo en órden á las maravillas de la Religion! Desde la capital de Francia, desde ese convento en que continúan floreciendo la fe y el fervor de la madre Santa Benva, se ha trasladado una colonia comparable á la de la misma Santa Úrsula, á la capital de la cismática Inglaterra, donde no teme hacer alarde de la santa magestad del culto católico, antes bien llega á ostentar el aparato de las prácticas regulares; y á pesar de

todo el furor del fanatismo, cautivó la estimación pública, y debilita, á lo menos en las personas jóvenes cuya instrucción se la confía, las preocupaciones que eternizaba allí el error sin ningún obstáculo.

30. Los primeros apóstoles del Canadá habían principiado sus trabajos un año antes de que se diese la última forma al instituto de sus futuras cooperadoras. Aquel clima duro, y que no produce el oro, había sido hasta entonces un objeto de desprecio para los europeos, los cuales, aunque habían ido allá muchas veces á descubrir terreno, no tenían todavía ninguna habitación estable. En fin, oída la relación de un caballero de Santonge, llamado Samuel de Champlain, que recorrió el gran río de San Lorenzo, y observó el parage donde está hoy Quebec, Enrique IV animó á los colonos, y les aseguró una protección sólida: en lo que atendió por lo menos este Príncipe á los intereses de la Religión no menos que á los del comercio. Al momento pidió misioneros para aquel país: y habiéndose dirigido al padre Cotton, eligió éste en su compañía dos operarios hábiles, para dar el primer cultivo á un campo tan herizado de espinas. Dispusieron su viage sin perder instante, y cuantas personas distinguidas había en la corte, así en virtud como en autoridad, se esforzaron á porfía á contribuir con sus bienes para los gastos de aquella expedición apostólica. La Reina les dió dinero: la marquesa de Verneuil se encargó de hacerles los ornamentos de iglesia: madama de Sourdis los proveyó de ropa blanca; y la marquesa de Guercheville, que

en cierto modo tomaba sobre sí la carga de todas las demás, suplió con el esmero propio de una madre lo que creía faltaba para completar los preparativos. Habiendo muerto el Rey en este tiempo, algunos hugonotes que tenían compañía de comercio con el conductor de los misioneros, protestaron que no permitirían que se embarcasen con ellos los jesuitas: y viéndose obligada la Reina á proceder con mucha circunspección en los principios de su regencia, no se atrevió á usar de rigor con ellos. Fue necesario que madama de Guercheville, cuyo celo y liberalidad sabía allanar todos los obstáculos, disolviese la asociación, indemnizando á los compañeros calvinistas.

Vencida esta dificultad, marcharon los dos misioneros, desembarcaron en las riberas del río de San Lorenzo, y hallaron muy pronto lo que habían ido á buscar, esto es, trabajos y peligros sin número, hombres que no tenían mas que las figuras de tales, salvajes errantes con las bestias feroces en selvas cubiertas de eternas nieves, y tan crueles y sanguinarios que muy en breve se dió á aquella misión el nombre de *campo del martirio*. Sin embargo, se hicieron algunos catecúmenos y se bautizaron bastantes niños. Habiéndose aumentado la mies, se enviaron otros dos jesuitas, y empezaba á consolidarse aquella cristiandad reciente, cuando los ingleses, que acababan de invadir la Virginia, acometieron de improviso á los franceses, porque no querían tenerlos tan vecinos, y los obligaron á volver á Europa. Algunos años

despues, movido el duque de Ventadour de un impulso secreto, que creyó venirle del cielo, trató de reparar una pérdida tan perjudicial á la fe. Pidió nuevos misioneros al padre Coton, el cual le dió tres, siendo uno de ellos el padre Breberes. Entonces se fundó propiamente la iglesia de Canadá, y se estableció con la mayor solidéz, porque este hombre, comparable á los Apóstoles y á los primeros mártires, tuvo por fin la felicidad de cimentarla con su sangre, despues de muchos años de trabajos casi increíbles, y de unos triunfos proporcionados á ellos. Para perpetuar su obra no faltaba mas que un colegio, ó por mejor decir, un seminario de apóstoles. El marqués de Gamaches fundó este establecimiento en Quebec, ciudad que acababan de edificar los franceses, para hacer de ella la capital de la nueva Francia, y dió uno de sus hijos á la compañía para aumentar el número de aquellos hombres apostólicos.

31. Comunicándose por todas partes el espíritu del concilio de Trento, y estendiéndose á todos los objetos, volvió á renovarse la celebracion de los concilios provinciales en todas las iglesias desde el centro de Europa hasta las estremidades de levante. Tres se celebraron en el año 1612, á saber, uno al otro lado del Eúfrates en Mesopotamia, y los otros dos en las metrópolis de Aix y Sens. A pesar del cisma general de oriente, y de las grandes heregías de Nestorio y Eutíques, arraigadas en aquel campo de anatéma, habia allí, sin embargo, varios obispos que perseveraban en la comunión de la iglesia romana, ó

que con su desercion y reunion alternativas impedián que prescribiese el error para siempre. Tales fueron el objeto y el éxito del concilio que celebró Elías, patriarca de Babilonia, el cual recibió con respeto la profesion de fe de Paulo V (1). Por un breve del mes de Noviembre del mismo año dió tambien este Pontífice la bendicion apostólica á Pedro, patriarca de los maronitas de Antioquia, y en la persona de este metropolitano á los obispos, al clero y á los pueblos de su obediencia, sujetos como él á la Silla de Roma.

32. En el concilio de Sens, llamado tambien concilio de París por razon del lugar de la asamblea, donde se hallaron con el metropolitano todos los obispos de la provincia, se condenó unánimemente el tratado de la potestad eclesiástica y secular, que habia publicado el doctor Edmundo Richer, síndico de la facultad de teología de París. Se declaró que contenia proposiciones, esposiciones y alegaciones falsas, erróneas, escandalosas, cismáticas y heréticas; sin tocar no obstante (añadia el concilio) á los derechos de la corona ni á las libertades de la iglesia galicana. Además publicó el obispo de París un decreto, en que mandaba que se leyese esta sentencia durante la misa parroquial. Pablo Hurault l'Hopital, arzobispo de Aix, condenó igualmente en concilio este tratado, con sus sufragáneos; y despues le proscribió tambien Roma.

(1) Lenglet, *Tabl. Cronol. de la Hist. Univ. año 1612.*

Lo mismo habria hecho la Sorbona si no la hubiese atado las manos el parlamento, ó por mejor decir, el primer presidente Nicolás de Verdun, que habia escitado á Richer á que escribiese aquella obra; pero no fue posible eximirle de la humillacion de verse privado del sindicato. Quedó depuesto Richer en una asamblea de doctores, autorizados por el Rey para elegir nuevo síndico. Se decretó entonces, que el sindicato, que era un empleo perpétuo, no durase en lo sucesivo mas que dos años, y que además hubiese cuatro doctores encargados de disponer y arreglar las conclusiones de la facultad: cosa que hasta entonces habia hecho el síndico por sí solo. En cuanto á la censura, viendo los obispos la opresion en que se hallaba la facultad, y creyendo que en clase de depositarios de la doctrina no habia ninguna potestad que pudiese obligarlos al silencio, é impedir que defendiesen la fe, cuando estaba en peligro, conferenciaron entre sí, y convinieron en decidir del mismo modo que se habia hecho en los concilios de Aix y Sens.

Sin embargo, halló el escrito del síndico unos apologistas muy ardientes. Jamás ha habido obra tan poco considerable (pues no llegaba á treinta páginas) que hiciese tanto ruido ni por tanto tiempo. Dupin hizo de ella unos elógios desmedidos. Al indigesto abad de San Ciran le falta poco para tratar de mentecatos á los que no aprueban su doctrina: y la han defendido otros muchos con todo el ardor propio de aquellos partidarios que desprecian la potestad

pontificia, que aborrecen el gobierno monárquico, y no pueden sufrir ninguna autoridad superior á la de ellos mismos. Que la obra de Richer trastorna el orden de la potestad eclesiástica, y es contraria á la esencia del Primado apostólico, lo manifestaron claramente dos concilios, y mucho mas la indignacion general de la iglesia galicana; lo que dan tambien á entender sus mismos partidarios con su celo interesado en favor de un sistema que defiende los otros errores que ellos sostienen.

Basta la primera inspeccion de este sistema para convencerse de que echa por tierra todo el edificio de la autoridad monárquica. Segun Richer, cada comunidad tiene un derecho inenagenable de gobernarse á sí misma; y á ella sola, y no á ninguna particular, corresponde la potestad y la jurisdiccion (1). „Por derecho divino y natural (dice claramente, aunque en un estilo y latin muy malo) pertenece mas bien, mas inmediata y esencialmente á toda comunidad perfecta y á la sociedad civil gobernarse á sí misma, que á ningun hombre particular dirigir la comunidad y la sociedad.” Este derecho le funda, como vemos, en la ley divina y natural, y por consiguiente ha de ser un derecho imprescriptible: consecuencia que deduce el mismo autor con mucha serenidad, diciendo en términos espresos, que ni el trascurso del tiempo, ni los privilegios de los lugares, ni la dignidad de las personas son capaces de prescribir en esta materia. ¿Y qué se infiere de aquí? El mas furioso

(1) *De Pot. Eccl. c. 1.*

cromwelista es el mas digno de elógios para los partidarios de esta doctrina, si han de proceder consigüentes. Así es que el doctor Richer habia sostenido ya públicamente en la Sorbona, que las córtes del reino eran indudablemente superiores al Rey: que Enrique III, violador de la palabra dada á las mismas córtes, habia sido justamente asesinado: que todos los que le imitasen debian ser perseguidos por las armas públicas y por los artificios y ardidés de los particulares; y en fin, que Jacobo Clemente, escitado por el amor de las leyes, de la pátria y de la libertad pública, habia sido su vengador glorioso.

Es de creer que este doctor, arrastrado como otros muchos del frenesí de aquellos tiempos, se arrepiñtió por último de sus desbarros. Pero su tratado de las dos potestades contenia tantas máximas perniciosas que obligaron á decir al piadoso y sábio obispo de Pamiers en sus anales, que era muy temible que llegasen á producir un cisma. El cardenal de Richelieu, cuyo tacto seguro no se equivocaba en las cosas que podian importar á la tranquilidad pública, no omitió diligencia alguna para conseguir que volviese á adoptar Richer los buenos principios (1). Se sujetó en fin el doctor, ó á lo menos declaró por escrito que sujetaba su libro al juicio de la iglesia católica romana, y á la santa Sede apostólica, reconociendo en términos espresos á esta iglesia por madre y maestra de todas las demás, y por juez infalible de la verdad.

(1) Tom. 3. *ad an.* 1612.

Pretenden sus partidarios que al mismo tiempo protestó en su testamento, que permanecia inviolablemente adicto á las doctrinas contenidas en su tratado. Pero á lo menos prueban en esto que les merecen mas atencion los intereses de su partido que el honor de su maestro.

33. Pudo la Sorbona censurar con toda libertad el libro estravagante que publicó entonces Plessis-Mornaj, con el título de *misterio de iniquidad*. Entendia por estas palabras el Pontificado, y trataba principalmente de probar que Paulo V era el Anticristo. Aquel hombre de ilustre nacimiento, buen militar, buen político, de una prudencia admirable en los consejos, y naturalmente moderado, era un hugonote de la mas ínfima clase cuando se ofrecia tratar de los intereses de su secta. Ya se habia olvidado de la humillacion que sufrió en la conferencia de Fontainebleau, donde su erudicion, que en realidad era muy escasa, aunque le habian hecho creer que era prodigiosa, se habia atrevido á medirse con el primero de los doctores católicos. Como escribia regularmente, no fue difícil persuadirle que su pluma era sublime, y quiso añadir á todos sus títulos la gloria de ser autor. Desde la primera página escitó la compasion. En el frontispicio, en el cual habia agotado todas las riquezas de su imaginacion, se veia la torre de Babel, emblema del Vaticano. Estaba sostenida con una especie de estaca, á la que se pegaba fuego, y al lado habia un jesuita muy viejo y arrugado, que con sus ademanes rabiosos y desesperados